dilatando la muerte de Huexotzincatzin por los que la habían de ejecutar, y sabiéndolo el rey mandó que sin embargo de cosa viviente se la diesen. Así murió este desgraciado mancebo por sentencia difinitiva de su padre. El cual, luego que lo mandó matar con última resolución y sabiendo que se había ejecutado, se encerró en una sala donde estuvo, cuarenta días sin ver a nadie, llorando y sintiendo la muerte de su hijo que lo amaba más que a sí y le dio la muerte sólo por no quebrantar la ley puesta en honor y respeto de su palacio y casa. Mandó luego tapiar las puertas de la de su hijo y, con graves penas, que no entrasen en ellas porque arruinándose se cayesen y faltase la memoria de su dolor. Caso es éste, por cierto, harto de notar y aunque parece que huele a tiranía contra el amor natural fue al fin justicia rigurosa que no admitió epiqueya, por ventura; porque para otras cosas debió de parecerle al rey convenir así. De donde pudieron tomar doctrina los demás que quedaban en servicio del palacio y en administración del reino; que si en el árbol verde se hizo tal destrozo, que en el seco sería, cuando menos, el mismo y por ventura mayor; porque el que no perdona a su hijo, en el quebrantamiento de una ley, mucho menos perdonará al criado que la violare o quebrantare. Y de haberse hecho esto en alguna ocasión que los que vivimos ahora, sabemos ha habido grande cuidado y vigilancia en mirar por sí cada uno; y algún rey habrá sido llamado por esto y por otras semejantes cosas el prudente, y hay muy pocos que hagan esto; y por esto los pocos que ha habido son muy alabados, cuya memoria dura para siempre.

CAPÍTULO LXVI. *Que prosiguen las cosas de el reinado de Ahuitzotl, rey de Mexico*

REINANDO EL REY AHUITZOTL EN MEXICO y habiendo tenido tantas guerras y vencido tantas batallas no por esto dejaba de cuidar de las cosas de su república, mayormente las de la religión; y así fue haciendo algunas otras casas al demonio (después de haberle acabado la mayor que fue llamada de Huitzilopuchtli), y el año que venció al ejército Huexotzincatl, acabó la que se llamó de Tlacatecco, que aunque no era como la principal de su mayor dios era muy sumptuosa, en cuya dedicación hubo grandísimas fiestas; pero tuvieron por azar quemarse un templo del demonio en el barrio de Tlillan, que no poco temor causaría a estos mexicanos por ser como eran tan agoreros y notadores de señales. Murieron en esta dedicación todos los esclavos y cautivos que trajo de Quimichtlan y otras partes. Y luego partió contra los de Mizquitlan en la provincia de Cuextlan; y aunque los venció, murieron en la guerra muchos mexicanos. En medio de estas guerras con que Ahuitzotl andaba ensanchando su imperio, se desafiaron los de la provincia de Tepeaca y los de Cholulla, por no sé qué diferencias que entre los señores de estas dos provincias hubo. Y con este enojo salieron los de Tepeaca a hacer guerra a esotros que los aguardaron

en su ciudad y casas y trabaron una muy reñida batalla y fueron muchos muertos de ambas partes; aunque dicen que fueron más los que murieron de los cholultecas que de los otros que vinieron a buscarlos a sus casas y que llevaron los de Tepeaca cautivos mil y doscientos cholultecas.

Al doceno año del reinado de Ahuitzotl fue contra los de Atlixco y fue tan repentina su ayuda que casi no se supo de nadie y cuando llegó el ejército, como causó alteración, fueron corriendo a dar aviso de ello a los señores de aquella tierra, los cuales acudieron luego al socorro de los necesitados. Cuando llegó esta nueva a la ciudad de Huexotzinco estaba un valeroso capitán, llamado Tultecatl, jugando a la pelota con otros señores y como corrió la nueva de la llegada del ejército mexicano dejó el juego y sin ir a su casa por armas se partió de allí a Atlixco, que son cinco leguas, y metióse en la pelea sin armas; pero era tan valiente y animoso que sin ellas comenzó a destrozar enemigos y de los que mató y rindió se adornó de armas y prosiguió la batalla que fue muy reñida; y los mexicanos se volvieron sin ninguna ganancia; y Tultecatl, que se había señalado mucho en ella, volvió a Huexotzinco con un cautivo, al cual desollaron y vistiéndose el pellejo, volvió a pelear con él. Fue tanto lo que campeó en defensa de los suyos que luego lo aclamaron por señor y lo contaron por uno de los del gobierno. Y al segundo año que gobernaba su república muchos de los ministros de los templos andaban por la ciudad, con atrevimiento y desvergüenza, haciendo muchas maldades, quitando la ropa a las mujeres que se bañaban y sacando de las casas el maíz y las gallinas y haciendo otras cosas semejantes; por lo cual andaban los del pueblo muy disgustados; pero como eran ministros de los templos no se atrevían a hacerles mal ninguno. Tultecatl, que vio el daño y no veía la enmienda, quiso castigarlo y púsolo en ejecución; pero resistieron los ministros y pusiéronse en arma contra los de la república; y aunque eran muchos más los ciudadanos que se amotinaron contra ellos no valieron para resistirles; porque un sacerdote mayor, que capitaneaba a los otros (a cuyo cargo estaba un envoltorio de su dios Camaxtle, que tenían por muy gran reliquia) hizo ciertos hechizos mezclados con algunas palabras del demonio, con que hizo salir fuego de una calabaza que ellos llaman tecomatl, donde había otras cosas de superstición, y fue contra los contrarios y comenzó a quemarlos, ordenado así por el demonio; de que los señores y capitanes que hacían la guerra contra sus ministros se atemorizaron y pasaron de esta parte del volcán muchos de ellos, de los cuales llegaron a Amaquemecan, a la presencia de Cacama, señor de el pueblo, Ayauhtzin, Tlapixqui y Quauhtliztac; y a Tlalmanalco vino Tultecal, Quachayatl y Elotlaxcal, donde era señor de toda aquella provincia Itzcahuatzin; y dando razón todos de su venida y de lo que les había acaecido fueron recibidos con cautela de estos dos señores y dieron luego aviso del caso al rey Ahuitzotl, el cual, por pagarse de la que le hicieron en Atlixco, los mando matar y llevar a enterrar sus cuerpos a su pueblo de Huexotzinco. Esta justicia se hizo con acuerdo y parecer de los dos reyes de Tetzcuco y Tlacupa, que como eran de un poder en las guerras, eran asimismo de un parecer en la justicia.

En tiempo de este rey Ahuizotl fueron tantas las aguas que llovió un año que creció la laguna mexicana en grande exceso y cubrió todo el suelo de las calzadas y se cayeron muchas casas de la ciudad y los moradores de ella estaban subidos en tablas y maderos y el rey, que también tenía parte en este anegamiento, andaba muy congojado por no desamparar su ciudad; y envió a pedir a los reyes de Tetzcuco y Tlacupa le favoreciesen como a hermano y compañero; los cuales, como aliados y amigos, vinieron al socorro, y juntando mucha gente de sus reinos hicieron traer madera y piedra y hicieron el albarrada vieja, que divide la laguna salobre de la dulce, que fue de piedra y céspedes y estacas muy espesas y hondas, con que por entonces defendieron que las olas de las aguas no batiesen en las casas y las derribasen. A este anegamiento le sobrevino luego una grande hambre, porque por las muchas aguas pasadas no pudieron coger mucho pan, lo cual les pareció que lo había anunciado un eclipse de sol que hubo. Después de estas calamidades y desgracias fue continuando la guerra contra los que se le resistían y la hizo a los izquixuchitecas, y los venció; luego a los amaxtecas. Metióse la tierra adentro, hacia Guatemala. Llegó a Tecuantepec y rindió y sujetó aquella provincia, y sus ejércitos pasaron a Guatemala (trescientas leguas de esta ciudad) cuyo capitán fue Tliltototl y hizo cosas maravillosas en esta jornada y volvió con mucha pujanza y poder.

CAPÍTULO LXVII. *De cómo Ahuitzotl hizo traer el agua de Coyohuacan (llamada acuecuexatl) con que se anegó la ciudad de Mexico. Y de la muerte que dio al señor de aquel pueblo porque le replicó y contradijo esta traída; y de su muerte*

COMO YA LOS MEXICANOS SE VEÍAN SEÑORES de la mayor parte de este nuevo mundo, ya no se contentaban con las cosas ordinarias que desde sus principios habían tenido y usado; antes, haciéndose antojadizos de otras, procuraban traerlas a la ciudad; y así fue que no contentos con el agua que bebían de Chapultepec pidieron al rey que les hiciese traer la de Huitzilopuchco, que nace dos leguas de ella, de la cual se servían entonces los de Cuyohuacan; para lo cual envió a llamar al principal de aquella ciudad, llamado Tzutzumatzin, que era famosísimo hechicero y habiéndole propuesto el intento, respondió que le suplicaba no tratase de traerla a la ciudad porque no era permaneciente y que muchas veces faltaba; demás de que otras era tanta y tanto lo que crecía, que era posible anegar la ciudad si participase alguna vez de sus avenidas y crecientes, y que el caso era de consideración que lo mirase. Parecióle al rey que todas estas razones eran excusas para no hacer lo que le mandaba y aunque se lo volvió a mandar con imperio, Tzutzumatzin le replicó, y enojado el rey le echó de su presencia. Otro día envió por él, y entendido por el hechicero